y no empleó en buenas obras lo que poseía. ¡Qué ceguedad!, los opulentos mundanos en todo se portan como ricos, menos en dar limosnas: siempre y para todo les sobra, sino es cuando se les intima el precepto de la limosna.

Pero el Señor á nadie da riquezas para que las derroche en un lujo insaciable, ni para fomento de una vida ociosa. A muchos ricos y sabios confundirán el día del juicio tantos otros, que, teniendo y sabiendo menos, dieron é hicieron mucho más en provecho del culto divino y de los prójimos.

¡Qué cristiano nuestro lenguaje, cuando el pobre dice: una limosna por amor de Dios! ¡Dios se lo pagará!; y el otro, cuando no puede otra cosa, le responde compadecido: Perdone por Dios, hermano: Dios le ampare. No así, «cuando un rico á un desvalido, hambriento ó desnudo, en vez de socorrerle, le repele y le dice: Andad, vestíos vos y hartaos. ¿Cómo puede ese rico decir que tiene caridad?» Estas son palabras de Dios por boca de sus Apóstoles Santiago el Menor y San Juan (1).

LECCIÓN 43.

Sobre los consejos evangélicos.

P.—Decid los principales.

R.—Los principales consejos evangélicos son tres: Pobreza voluntaria, Castidad perfecta, Obediencia en todo lo que no es pecado.

P.—¿Qué estado de vida profesa guardarlos?

R.—El religioso, que por eso es estado de perfección, y el más seguro y meritorio.

P.—¿Pecan los que impiden al hijo ó hija seguir su vocación religiosa?

(1) Jac. II, 15; Jo. III, 17.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

R.—Mortalmente, si por indigencia no necesitan del hijo ó hija para vivir, como también pecan mortalmente si los fuerzan á meterse en un convento.

Muy del cielo se presenta á nuestra vista la religión en sus Mandamientos; pero más aún, si después consideramos sus consejos. A conocer y cumplir los Mandamientos podría en algún caso llegar la naturaleza, aunque ahora necesitamos de la gracia; los consejos exceden lo que piden y pueden en todo caso las fuerzas del hombre; y como exigen mayor gracia, son propios de la ley de gracia ó evangélica. El divino Maestro, sin obligar á nadie, convida á seguirlos á cuantos con la gracia divina se animan á ello, diciendo: que así imitaremos mejor la perfección de Dios y nos pareceremos más á nuestro Padre celestial; que nos granjearemos más méritos y premios para toda la eternidad, y que observaremos con más facilidad los Mandamientos, asegurando el cielo. Las ruedas aumentan el peso de un carro; pero ¿cuánto no aligeran el trabajo á las bestias? Pues los consejos son ruedas con que se lleva, no á la rastra, sino corriendo la carga de los Mandamientos.

Más fácil, y por otra parte más meritorio, es no contaminarse con placer carnal prohibido, al que huye hasta de los que permite Dios en el matrimonio: más fácil no ser injusto ni avaro, al que se desposee de sus bienes; más fácil obedecer en lo que exige el cuarto Mandamiento, al que determine obedecer aun en otras muchas cosas; y más fácil, por fin, permanecer toda la vida en la observancia de los consejos, y por tanto de los Mandamientos, cuando con voto se obliga la persona á cumplirlos siempre. La práctica de los consejos es más ardua, pero á quien la abraza, se la hace Dios más suave y dulce, que si sólo cumple los andamientos.

Dios nuestro Señor que, mejor que nadie, conoce el barro de que formó nuestro cuerpo, como no obligó á los consejos por no hacer más estrecho el camino del

cielo; tampoco se contentó con exhortarnos á que los guardásemos, con lo cual hubieran sido muy pocos los que se diesen á la perfección. Pues ¿qué hizo? Además de darnos ejemplo El y su Madre Santísima y San José, estableció para siempre en su Iglesia el estado de perfección, que llamamos religioso, en el cual se hace profesión de guardar con voto los tres consejos principales que trae el Catecismo, con lo demás que lleva consigo vida tan perfecta. Los Apóstoles hicieron esos votos, y movieron á otros muchos á lo mismo: bien pronto se reunieron entre sí los religiosos, retirándose unos á los yermos, viviendo otros en comunidad, dedicándose no pocos á las obras de misericordia, y todos á una vida de oración, penitencia y trabajo corporal ó espiritual, dando gran gloria á Dios, edificación al mundo, sobre el cual atraían del cielo innumerables beneficios. De los monjes solían formarse los sacerdotes y Obispos; y los monjes legaron la ciencia y civilización verdadera á los siglos modernos. No hay obra santa á que no se haya consagrado en especial alguna Orden religiosa de uno y otro sexo; ni necesidad, espiritual ó temporal, del pueblo, que no remedien.

La historia es de ello buen testigo; y con nuestros ojos lo vemos el día de hoy. Baste aquí nombrar los Carmelitas, Benedictinos y Agustinos; Ermitaños, Cartujos y Trapenses; los Franciscanos, Dominicos y Trinitarios; los Escolapios, Hermanos de San Juan de Dios y Agonizantes; la Compañía de Jesús, los Redentoristas, Pasionistas, Salesianos, Misioneros del Corazón de María y otras varias Congregaciones como de Paúles, Hermanos de la Doctrina cristiana, Terciarios, etc.

Casi todas tienen sus respectivas comunidades de religiosas que profesan los mismos votos y vida perfecta: sin nombrar otras, en gran número y de extraordinario provecho á la Iglesia y á la sociedad.

De éstas, además del culto divino y propia perfección, se consagran á la enseñanza de niñas, principalmente de las pobres, las Salesas y Ursulinas, las de la Enseñanza, las del Sagrado Corazón, las del Angel, las Carmelitas de la Caridad, las de la Asunción, las Esclavas del Sagrado Corazón, etc.; otras, como las Adoratrices y Oblatas, á educar á las que se apartan del vicio; ó á preservar de él, recogiendo, como lo hacen unas nuevas Trinitarias, á las que peligran. Las Hermanitas de los pobres y las de los desamparados cuidan á los ancianos desvalidos de uno y otro sexo; las hay que acogen á las criadas sin servicio; y que asisten á los enfermos por las casas; y que adiestran en varios trabajos á las obreras. Hasta para las dementes, reclusas y díscolas se están formando Congregaciones religiosas que las cuidan ó enderezan.

¡Quién no alaba al Señor y admira la santidad de su Iglesia, viendo número tan extraordinario de personas de toda clase y edad, lo mismo en España que en otras naciones, en el viejo como en el nuevo mundo, que volviendo las espaldas á cuanto más halaga el sentido, y renunciando á los goces de su propia casa y familia; se consagran para siempre en la casa de Dios á guardar con perfección la ley y consejos de Cristo! Y eso que no hemos hecho mención, sino de las Ordenes más conocidas hoy día entre nosotros, y que aún podríamos añadir las Bernardas, Mercedarias, Jerónimas, Servitas, Comendadoras, Arrepentidas y otras más, con las hijas ó Hermanas de la Caridad que en hospitales, hospicios, escuelas y aun en el campamento militar, son pasmo y envidia de los mismos herejes.

Prescindiendo de la gloria que dan á Dios nuestro Señor esos ejércitos de religiosos y religiosas, y de la santidad y premio eterno que se logran, ¡cuánto más útiles son á la sociedad en lo espiritual y aún en lo temporal con su vida santa, ministerios y obras de misericordia, que si hubieran permanecido en la vida ociosa, mundanal y viciosa, tan común entre seglares! Pero «el hombre animal ó carnal, dice Dios, no entiende ni siente estas cosas espirituales y divinas».

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Recomendaba San Agustín la virginidad, y uno de esos impíos le objetó que con tal consejo presto se acabaría el mundo. El Santo respondió: enhorabuena; no podía tener fin más glorioso; pero no hayáis miedo, que no se acabará, porque son pocos los que se enamoran de aquella joya del cielo (1). Providencia admirable del Señor, que saca de los males bienes. Cuanto más, eso que llaman civilización moderna, dificulta la vida cristiana á los que se quedan en el mundo; tanto más prisa se dan en acogerse al seguro de las casas religiosas, como la palomita al arca de Noé, las almas que desean conservar la inocencia, y no hallan fuera del claustro donde posar el pie sin enlodarse y mancharse. Cuanto más nos quieren los sectarios apartar de Jesu-Cristo, tanto más se multiplican las almas que se le consagran por completo.

¿Qué extraño ya que las Ordenes religiosas estén continuamente embelleciendo el cielo de la Iglesia católica con tanto número de santos? ¿Y que por lo mismo sean el blanco donde asestan los tiros de sus odios y calumnias todos los impíos? Así lo oyó decir el que esto escribe, al mismo León XIII, en el acto solemnísimo de canonizar en 1888 á diez religiosos, los siete fundadores de los Servitas, y tres de la Compañía de Jesús. Esta última, en poco más de tres siglos de existencia, cuenta ciento y uno de sus hijos en los altares; y de ellos ochenta y tres coronados del martirio.

Por eso el congreso antimasónico de Trento (1896), bendecido por León XIII, y que escudriñó á fondo los planes sectarios, recomendó, en sus públicos acuerdos contra los masones, el defender las Ordenes religiosas, en especial, dice, la Compañía de Jesús (2). Son

(1) Quien desee apreciarla, lea el P. Luis de la Puente en el *Estado Religioso, Los bienes del estado religioso*, por el P. Plati, S. J., ó *La Historia y costumbres de las Ordenes religiosas*, por el ab. Tirón.

(2) En la *Vida del V. P. Pignatelli*, escrita por el P. Nonel,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

increíbles las alabanzas que Dios en su Escritura, y los Santos en sus obras, tributan á los que profesan virginidad ó perfecta continencia. «Sirven al Señor, dice el Espíritu Santo por boca del Apóstol, libres de toda solicitud terrena, sin más cuidado que el agradar á Dios; mientras que quien está ligado con el matrimonio, tiene divididas sus atenciones, y estará sujeto á la tribulación de la carne (1).» Cristo experimenta sus delicias entre las almas puras, á quienes trata como á esposas: y por más que el estado de matrimonio tiene santos, son muy pocos, si se comparan con los que ha dado á la Iglesia el de la virginidad ó el de la viudez. El santo Concilio Tridentino condena como hereje al que diga: que el estado del matrimonio es preferible, mejor y más feliz que el de la virginidad ó del celibato cristiano: y también condena la Iglesia, no sólo á los que reprueban en general las Ordenes religiosas, sino á los que en particular reprueban las mendicantes, las que no se dan á trabajos manuales, ó el que los religiosos sean curas ó pastores de almas, ó la multiplicidad de órdenes y monasterios, ó los votos perpetuos, ó, en fin, la exención y demás privilegios que el Papa les concede, y las reglas que aprueba (2).

Al cristiano que se siente interiormente atraído á abrazar el estado religioso, hace Dios un beneficio singular, y á él y á su familia honra sobremanera el Rey del cielo. De ahí se colige el pecado de los padres que se oponen á la vocación religiosa de sus hijos, cuando más bien habían de favorecerla, teniendo en esto mismo, como enseña el Doctor de la Iglesia San Alfonso de Ligorio, una prenda de predestinación para

hay preciosos documentos donde consta por qué fué suprimida la Compañía de Jesús, y cómo la restableció Pío VII, y la llamó Fernando VII á todos sus reinos. (L. VI, cap. 11.) También en Crétineau Joly, *Clemente XIV y los Jesuítas*.

(1) I Cor., 7.

(2) *Enchiridion Symbol. et Definit.*, Wirceburg, 1865.

el cielo, y de la divina predilección aun para la vida presente. Recuérdese lo dicho al explicar los deberes de los padres en el cuarto Mandamiento. Padres conozco yo, y muy nobles, que se gozan de tener consagrados al Señor sus cinco hijos en la Compañía de Jesús. Quedaron sin hijo varón que transmitiese el nombre de la casa; pero conociendo que Dios lo llamaba, le ofrecieron el sacrificio.

LECCIÓN 44.

Consejos para todos.

P.—¿Qué medios facilitan, aun á los seglares, la guarda de los Mandamientos?

R.—La práctica de los consejos compatibles con su estado.

P.—Decidme algunos.

R.—Misa y Rosario diarios, sermones y libros devotos (1), obras de misericordia y penitencia, examen de conciencia cada noche, y el que los resume todos, y es, frecuentar los Santos Sacramentos en alguna congregación piadosa, sujetándose á un confesor docto, prudente y virtuoso.

También con los que no entran religiosos hablan los consejos evangélicos, con cuya práctica, añadida á los Mandamientos, llegan á ser perfectos y santos, cada cual en su estado.

El Catecismo cita los consejos que en general convienen á los seglares; pero en el último, ó sea el dirigirse por un buen confesor, se incluye el modo seguro de acertar con lo que Dios quiere de cada cual. Una de las gracias que más hemos de pedir á Dios, es que nos depare un confesor ó director, según su corazón. Donde no hay lugar á elegir, acudamos con fe al que

(1) V. gr., un buen Devocionario, el *Catecismo explicado* la *Guía de pecadores*, el *Año cristiano*.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

haya, que de ordinario el no aprovechar en la virtud, más es por falta del penitente que del confesor; pero pudiendo elegir, no corráis, dice San Gregorio en el séptimo Concilio de Roma, á los que traen vida poco regular y carecen de ciencia. Con más solicitud hemos de buscar un buen confesor que un buen médico. No es mejor el que más habla ó agrada, sino el que mejor cura, y prescribe método más saludable. Se engañan, dice el beato Juan de Avila, las personas que no sienten devoción si no á los pies del confesor (1); ni es santidad tener grandes deseos en la oración y grandes pecados en la conversación (2).

Nunca fué de opinión aquel santo maestro, que los confesores recibiesen la obediencia de ninguna mujer; y á una duquesa viuda que dirigía, la dijo que la diese á la marquesa su suegra (3).

Cuanto menos se trate al confesor fuera del confesonario, tanto más, decía San Vicente de Paúl, nos aprovechará su dirección espiritual. Se engañan quienes, con regalos y visitas, procuran hacérselo benévolo; y las mujeres que miden el aprovechamiento por el tiempo que en el confesonario gastan, y que creen casi indispensable ponerse luego delante y besar la mano al confesor; uso que San Ligorio desaprueba (4). Añadamos un consejo, cuya práctica es sumamente eficaz para ordenar toda la vida.

Tanto para acertar con la voluntad de Dios en la elección de estado, como para perfeccionarse en el ya elegido, son un medio muy recomendado por los Papas, los ejercicios espirituales de San Ignacio, sobre todo hechos en alguna casa religiosa. En esos Ejercicios, mejor que en el bullicio y tráfago de los negocios, suele el Señor descubrir á cada uno, consultando

(1) Vol. VI, pág. 171, edic. de 1798.
(2) Vol. II, pág. 334, edic. de 1895.
(3) Vol. II, pág. 482.
(4) *Praxe. Conf.*, núm. 119.

al P. Director, no sólo el mejor modo de cumplir los Mandamientos; sino lo que, según el estado y demás circunstancias, puede adelantarse en la castidad, pobreza y obediencia, y en las obras de oración, misericordia y penitencia: añadiendo, ó quizá cercenando, según aconseje la prudencia; ni sólo da luz al entendimiento, sino esfuerzo desusado á la voluntad para tomar resoluciones enérgicas. Los Santos de estos últimos siglos se han formado en ese nuevo arte de santidad, como el beato Juan de Avila llamó á los *Ejercicios* de San Ignacio, que llevan, como por la mano, á la más alta perfección cristiana, en cualquier estado honesto de vida, donde Dios nos pone.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CUARTA PARTE

DECLARA LOS SACRAMENTOS QUE SE HAN DE RECIBIR

LECCIÓN 45.

De los Sacramentos en general.

Decid los Santos Sacramentos.

P.—¿Qué cosas son los Sacramentos?

R.—Son unas señales exteriores, instituidas por Cristo nuestro Señor, para darnos por ellas su gracia y las virtudes.

P.—¿Qué cosa es gracia divina?

R.—Un don sobrenatural que hace al hombre, hijo de Dios y heredero de su gloria.

P.—¿Y cómo se llama esta gracia?

R.—Santificante.

P.—¿Y hay otro género de gracia?

R.—Las que llamamos actuales, ó auxilios é inspiraciones; sin las cuales no podemos principiar, ni continuar, ni concluir cosa conducente para la vida eterna.

Si Dios quisiera que un bruto discurriese, y ejercitase las virtudes, le daría una alma racional y virtuosa: pues así, queriendo que el hombre, con una vida sobrenatural, esto es, superior á sus fuerzas naturales, se gane el cielo, infunde en nuestra alma un nuevo ser y fuerzas ó virtudes sobrenaturales. Esa vida sobrenatural consiste en creer, orar y obrar lo que hasta aquí va explicado en las tres primeras partes del Catecismo; y ese ser y fuerzas sobrenaturales ha determinado el Señor, que los recibamos por medio de los siete Santos Sacramentos. Y pues acomodán-